lo que la justicia y la obligacion le mandaban; y amenazándoles, añadió: Acordaos que la ira del Rey es mensagera de muerte.

non traductionary and ranging ministrately do less of one west

Wi Rey tonia va anagado todo carino bama su luto; entir ka

# D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

wegenoog pureleged gestemmenden zugen generaling gestemmen get gestemmen gestemmen gestemmen gestemmen gestemmen gestemmen ges

al-stoy the mass-se clements the sepression stores and

Pero el mejor doctrinal y espejo para el mozo Pulgar debieron ser los hechos y costumbres de sus pasados, leales á sus monarcas, celosos del procomunal, apercibidos siempre y dispuestos á derramar su sangre en defensa de la religion y de la patria. Ya desde muy antiguo, como nacidos en la cuna de la libertad castellana, habian merecido por ello mucha estima y renombre, siendo tal el aliento y constancia que distinguian á los de aquella estirpe, cual si se transmitiesen de padres á hijos con la propia sangre, que tenian por escudo y blason un guerrero armado de punta en blanco, empujando con su espada el muro de una torre, y en derredor este orgulloso lema, de quien seguro de su esfuerzo desafia á la fortuna: El pulgar quebrar y no doblar.

De la misma boca de su padre oia embebecido el mancebo los claros hechos de sus mayores; y quien viera á aquel anciano, mal recobrado de sus heridas y previendo con ánimo tranquilo que le iban á arrastrar al sepulcro, referir á su hijo las hazañas de sus abuelos; quien contemplara al jóven Hernando, pendiente de los labios del padre, enternecerse, retemblar, demudarse, sin poder contener dentro del pecho sus generosos ímpetus, bien pudiera prever desde entonces que aquel gallardo mozo estaba destinado á realzar el lustre y esplendor de su casa.

Oia sobre todo con especial ahinco, si ya con visos de emulacion honrosa, las hazañas de su bisabuelo Hernando del Pulgar, que llevó cabalmente su nombre, doncel del senor rey D. Juan el I, y que si bien compartió la escasa fortuna de aquel príncipe en lides y batallas, ganó para sí fama y renombre en la guerra contra Portugal.

Con no menor esfuerzo, y al principio con mas próspera suerte, peleó largos años Pedro del Pulgar, hijo de aquel guerrero, señalándose en reencuentros y asaltos, en la toma de ciudades y villas, hallando al fin gloriosa muerte en el

mismo campo de batalla.

« ¡Dichoso mil veces mi padre (decia con lágrimas en los ojos el buen Rodrigo Perez del Pulgar á su hijo): murió á manos de infieles, peleando contra los enemigos de su religion y de su patria..... Dios le llevó á su gloria. Aquel, Hernando mio, aquel sí que era un noble : pundonoroso y liberal, tan valiente como cortés; su palabra valia por mil juramentos, y su espada estaba siempre pronta en favor del menesteroso y desvalido..... Mil veces me lo repitió en sus postreros años; que no parecia sino que el corazon le pronosticaba nuestras desventuras : aciagos tiempos te han cabido en suerte, hijo mio, y no verás en Castilla sino alteraciones y escándalos..... Pero cuenta, Rodrigo, con empañar tu fama; sé siempre fiel al rey y celoso del bien de tu patria : que si el cielo te depara desdichas, quien estuvo lejos de merecerlas, bendice la mano de Dios, y las sobrelleva con buen ánimo. Asi me decia mi buen padre (proseguia el anciano) que me parece ahora mismo que estoy oyendo sus palabras : y bien hube menester, hijo mio, no borrarlas de la memoria cuando ví cundir en Gastilla la llama de la guerra civil y abrasarlo todo y consumirlo..... Yo he visto con mis propios ojos (grima me da el pensarlo) pelear deudos contra deudos, hermanos contra hermanos, padres contra hijos; y habiendo guerreado contra los enemigos de la fe hasta en la misma vega de Granada, fue tal mi mala suerte, que escapé salvo de tantos peligros, para verter mi sangre á manos de españoles.... Dios los perdone, hijo mio, y te libre á tí de tamaña desdicha. »

Ni una sola vez pudo proseguir el anciano, al recordar como habia sido herido en la defensa de Ciudad Real, cuando la acometida del maestre de Calatrava; mas como advirtiese el buen viejo que su hijo Hernando se afligia, procuraba serenar el rostro, y estrechando su diestra con la suya (como del padre del Cid nos lo refieren): esta, hijo mio, no blandirá la lanza sino contra los enemigos de Dios y de tu patria; mas cuenta no lo olvides (y le apretaba la mano con mas fuerza), ya sabes el blason de los tuyos: El pulgar

quebrar y no doblar.

No respondia el mancebo, ni menos daba muestras de dolor ó flaqueza; antes bien besaba humilde la mano de su padre, y le pedia su bendicion, seguro de llevar con ella la del cielo. Y acostumbrando el cuerpo á la intemperie y los trabajos, acreciendo las fuerzas con el rudo ejercicio de la caza, y llevando sobre si las pesadas armas (que apenas con afan y sobrealiento pudiéramos nosotros levantar de la tierra), fue adquiriendo aquel temple y vigor que habia de ostentar algun dia.

## Heroismo de Pulgar en Alhama. — VIDA DE HERNAN PEREZ DEL PULGAR.

Rebosó en Castilla el contento, al correr de boca en boca la inesperada nueva: celebróse en ciudades y villas con regocijos y alegrías; pero los prudentes monarcas, anteviendo las resultas de aquel suceso, y sin dejarse desvanecer por los humos del triunfo, apellidaron los caballeros principales, demandaron ausilio á los pueblos, y ordenaron acudir con presteza en socorro de Alhama. Estaba cabalmente circundada por todas partes de pueblos enemigos, en el riñon del reino de Granada, y á pocas leguas de la capital; y si bien blasonaba de fuerte (no tanto por sus muros, cuanto por lo quebrado y áspero del terreno, enriscada sobre una cumbre, cerros por torres, y por foso un rio), no bastaban los guerreros que la habian conquistado, á defenderla largo tiempo contra un torrente de enemigos.

Túvose luego aviso de que el Rey de Granada en persona se habia puesto otra vez sobre la ciudad con numerosa hueste, resuelto á no alzar mano de la empresa hasta recobrar á todo trance aquella joya de su corona. Y en tamaño apremio y conflicto quiso la buena suerte que recordasen los Reyes de Castilla el esfuerzo de aquel mancebo, que ya habia granjeado prez y renombre en la guerra contra Portugal. Recibir el mandato del Rey, y volar Hernando del Pulgar en socorro de Alhama, todo fue un solo punto: no lle-

vaba, es cierto, la numerosa hueste con que habia acudido al mismo intento el famoso duque de Medina Sidonia (al fin Guzman el Bueno) mas digno de admiración y loa por ahogar en aquel trance antiguos resentimientos y quejas, acudiendo en defensa de su rival, que por haber vencido tantas veces á los enemigos : ni podia competir en séquito y boato con tantos caballeros de cuenta. Pulgar venia solo sin mas compaña que un fiel escudero, la armadura lisa, pero de buen temple, el caballo con sencillos arreos, la misma espada de su padre. A esta guerra van á acudir (decia hablando consigo mismo) los caballeros mas ilustres, lo mas granado del reino, los que traen bajo sus banderas un ejército de vasallos..... Tú no tienes , Pulgar, mas que tu brazo; mas por la gloria de mis padres (y le hervia la sangre en las venas) que he de morir en la demanda, ó he de ganar mas fama que todos los caballeros de Castilla. Y con este anhelo y propósito se entró resuelto en la ciudad de Alhama, á tiempo que mas arreciaba el peligro, acosados los cristianos de la sed y del hambre, sitiados por la hueste enemiga, y sin mas esperanza que la de Dios para librarse del cautiverio ó de la muerte.

Por horas, por instantes, iba apremiando el riesgo: desfallecian el ánimo y las fuerzas de los guerreros mas famosos, con tantos trabajos, vigilias, rebatos, necesidades y peligros de toda especie; á punta de espada y no sin riesgo de la vida, tenian que buscar el agua en la misma corriente del rio, bebiéndola no pocas veces mezclada con la propia sangre; escaseaban los mantenimientos; acudian de tropel las enfermedades, mas destructoras y temibles que el hierro de los enemigos; y en tamaño apuro ofrecióse Pulgar á salir solo, amparado de la noche, para ir en demanda de ausilios, y volver con ellos á la ciudad. Ánimo, compañeros (les dijo con voz esforzada): dentro de breves dias vuelvo á salvaros ó á morir con vosotros.

Entra Pulgar de mensagero en Málaga.

Acompañado de un solo escudero, presentóse el gallardo nuncio delante de las puertas de Málaga : y mostrando que traia un mensage del Rey de Castilla, abrieron un rastri-

llo de allí á mas de una hora, y no sin mediar antes largos debates y contiendas dentro de la ciudad. Porque estaban tan discordes los ánimos, que no hallaban á ningun lado que volviesen la vista asilo ni esperanza; descaecidos unos, alentados otros, inciertos y mudables los mas, la salvacion dudosa, inminente el peligro, apretando el dogal la hambre, amenazados de mnerte ó servidnmbre si la ciudad era entrada por fuerza de armas, y amagados desde la Alcazaba con destrucción y ruina si aflojaban en la defensa. Entró Pulgar, sin mostrar temor ni arrogancia, por medio de una apiñada turba: cubiertos estaban de gente los techos y azoteas, las puertas y ventanas, por ver al mensagero de Castilla, cuyo arrojo pasmaba los ánimos. Apenas de tiempo en tiempo resonaba á lo lejos algun clamor de muera! (sin que Pulgar tornase el rostro para ver de dónde partia); pero sucedia al punto un profundo silencio, mas terrible en la agonía de un pueblo que los gritos y amenazas de la muchedumbre. may á tientes que mas arreciaba

Largo espacio tardó Pulgar en llegar á donde le esperaban los magistrados y próceres de la ciudad, encargados de su gobierno y su custodia: entrególes la carta que del rey Fernando traia, exhortándolos por su parte á que desistiesen de tan inútil resistencia; pero muy luego hubo de convencerse de que por mas inclinados que estuviesen á entablar conciertos de paz, les embargaba la voluntad y el ánimo el temor que tenian al alcaide de la fortaleza, quien amenazaba de continuo allanar la ciudad con el suelo, antes que verla, mientras él viviese, esclava en poder de cristianos.

A duras penas pudo conseguir el noble núncio que dos de aquellos moros principales tomasen sobre sí el arriesgado encargo de subir á la fortaleza, para hacer presente al alcaide los pactos que ofrecia el Rey de Castilla, y el mísero estado en que la ciudad se encontraba; escasos los mantenimientos, la mortandad crecida, los muros quebrantados.

Cúpole á Alí Dordux ser uno de los mensageros: y allegándosele Pulgar como por acaso, cual si le recomendase con mas instancia interponer con el alcaide su poderoso ruego, le dió con recato la carta que para él traia; siendo tal la turbación del moro al recibirla, por temor de pagar con la vida si de los suyos fuese descubierto, que perdió la color del semblante, y solo dió á Pulgar por respuesta levantar los ojos al cielo.

Apenas estaria el sol á mitad de su curso, cuando aquellos moros subieron al castillo de Gibralfaro; y ya estaba Pulgar impaciente, viéndolo acercarse al ocaso, cuando tornaron cavilosos, graves, sin dar al castellano por respuesta mas que estas mesuradas palabras: «vuelve, caballero, á tu Rey; dile que la ciudad de Málaga se defenderá á todo trance; y si Alá ha decretado su ruina, sufrirá resignada su suerte. » Quiso replicar el caudillo; mas atajándole la voz aquellos ancianos, le mostraron que iban á acompañarle hasta dejarle fuera de los muros, para ponerle á cubierto de algun desman ó desacato. No fue inútil esta precaucion, si bien á Pulgar le pesó de ella, repitiendo mas de una vez que bastaba su espada para abrirle paso; pero no basta (contestóle gravemente uno de los ancianos) para impedir que caiga una mancha en ciudad tan noble y generosa.

Desasosegados andaban ya los ánimos con la tardanza de los mensageros, con las pláticas de gente turbulenta, con las exhortaciones de un Alfaquí, á quien miraban con profunda veneracion, cual si fuese enviado del cielo; y al presentarse Pulgar para tornar á los reales cristianos, habíase levantado en la ciudad tal confusion y tumulto, que hubo menester el caudillo todo su aliento y brios, para no mostrar turbacion ni desmayo. Bramaba la turba; apiñábase en torno; le atajaba el paso : las oleadas de gente semejaban á las del mar, pero el esforzado guerrero refrenaba la impaciencia de su caballo, y proseguia sosegadamente por medio del bullicio, cual si se hallase en el seno de una ciudad amiga, y solo despertase la curiosidad de la plebe por la estrañeza de su vestidura y arreos. Hasta la márgen del Guadalmedina, que por aquella parte desemboca en el mar, acompanaron Alí Dordux y otros cuantos ancianos al mensagero de Castilla, mas cuidadosos de su vida que él propio; y encubriendo su temor y recelo, cual si en derredor le cercasen por agasajo y cortesía, le sirvieron de reparo y escudo contra mas de un dardo alevoso.

Despidióse el caudillo de aquellos venerables varones, no sin mediar algunas sentidas palabras acerca de los riesgos y peligros que les amenazaban; y volviéndose ellos á encerrar dentro de los aciagos muros, corrió Pulgar á media rienda en busca de sus reales.

Heroico combate en tierra de Guadix , y llegada de Pulgar á los reales.

Pasaron meses y meses, sin adelantar los cristianos en el cerco de Baza: viéronse entonces, aun mas que en el largo transcurso de aquella tenacísima guerra, lo que pueden el valor y entereza contrastandose de una y otra parte, el amor á la patria, el celo de la honra, la religion, la ira, el odio amontonado en ocho siglos; mas sin desistir los cristianos de su propósito, y sin dar los sitiados indicio de flaqueza, así guerreaban y combatian con salidas, con asaltos, con reencuentros á la continua, como si en los muros de Baza se encerrase el destino de Granada.

Cenida aquella ciudad por todas partes, y enseñoreados los cristianos del llano y de la sierra, veian impacientes como se prolongaba el durísimo asedio, cuando algunos guerreros generosos, mal avenidos con dejar un solo dia en descanso las armas, determinaron de propia voluntad, y contando con el tácito consentimiento del monarca, hacer una entrada y correría por tierra de Guadix: y fue no poca ventura, ó por mejor decir, altos juicios del cielo, que llegase á oidos de Pulgar la secreta empresa que se apercibia, brindándose á concurrir á ella, como acontecia siempre que vislumbraba asomo de peligro.

Acogiéronle con alborozo los demas guerreros, pocos en número, si bien de grande esfuerzo, entre los cuales descollaban por su nobleza y bizarría D. Francisco Bazan, de lo mejor de España, y D. Antonio de la Cueva, hijo del duque de Alburquerque, y aprestándose todos con sigilo y recato salieron del campo entre dos albas, y tomaron la via de Guadix. Tanta fue su presteza y buena dicha, que cayeron como nublado repentino sobre la comarca del Zenete; y por pronto que los moros apellidaron la tierra desde sus torres y atalayas, ya habian asolado los cristianos el campo á la redonda, incendiando pueblos, cautivando sus moradores, y llevando la desolacion y el espanto hasta las mismas puertas de aquella ciudad.

Bramó el Zagal de ira cual si viniesen á provocarle de intento hasta en su propio alcázar: y deseoso de vengar tamaña afrenta, y esperando en que la rica presa y los despojos embarazarian el paso de los castellanos y entorpecerian en su diestra el uso de las armas, ordenó que en aquel punto y hora saliese en busca de ellos un tropel de caballos alfaraces, siguiéndolos él de muy cerca para ser testigo del triunfo.

Mas confiados que prudentes, llevando la balumba de cautivos y de rebaños, y habiendo de acudir á su guarda no menos que á defenderse contra el ímpetu de los enemigos, revolvieron los cristianos en busca de sus reales con sobrada tardanza y desconcierto; pero cuando llegó á sus oidos que se acercaban á toda furia los moros que de Guadix venian, determinaron hacerles rostro, para llevar por galardon mas cumplida victoria.

Descubrirse á lo lejos una nube de polvo, escucharse la gritería de los alarbes, y cerrar contra los castellanos todo fue un solo punto: mezclados peleaban guerreros con guerreros, y en tan estrecho espacio, que ni revolver los caballos podian ni manejar las lanzas: heríanse con espadas, con dagas y con puñales, aferrábanse con los brazos, mataban y morian.

A duras penas pudieron los cristianos salvarse de las garras de los infieles que los abrumaban con el peso de la muchedumbre, y como los viesen alejarse un brevísimo trecho (aguardando la llegada de los suyos para esterminar á mansalva aquel puñado de guerreros), empezaron estos á retraerse, no sin afan y angustia, por las ásperas sendas que dejaban las quiebras de los montes.

Ya se creyeron salvos al hallarse reunidos en una garganta ó collizo entre dos altísimas sierras: tomaron allí aliento, que bien lo habian menester despues de tan recia fatiga; y antes de que los moros les siguiesen mas de cerca el alcance, apresuraron el paso, ansiosos de salir sin demora de aquel apremio y estrechura. Mas allí era donde les aguardaba su mayor desdicha: habíase levantado la tierra, al rumor de la entrada de los cristianos; y ora les aguardasen en acecho (como circundan los monteros un cerro para impedir que se escape la caza), ora se encaminasen los moros por aquella senda, para llegar mas breve á la comarca de Guadix, lo

cierto de ello es, que al avistar los cristianos una breve llanada en que terminaba el recuesto, encontraron amurallado el paso por un ejército de infieles.

Venian capitaneados, y no era esta la menor desventura, por los alcaides mas famosos de la tribu de los Zenetes, de condicion tan belicosa y de ánimo tan levantado, que presumian bastar ellos solos á custodiar aquella tierra á que habian dado el nombre: y habiendo guerreado contra los cristianos no menos que por espacio de ocho siglos, desde que en mala hora pusieron el pie en nuestras playas, y arrinconados ahora dentro de los términos de Granada, habian jurado morir hasta el postrero en defensa de sus hogares.

Helóse la sangre á los cristianos, viendo cierta su perdicion: ni podian detenerse, ni adelantar un paso, ni volver el pie atras; y como intentasen los caudillos animar á los suyos, para alcanzar á lo menos una muerte gloriosa, vieron por primera vez (rubor causa decirlo) que se les caian de las manos las armas. Hasta un soldado de gran cuenta, que como tal llevaba encomendada la enseña de la hueste, volvió cobardemente las espaldas y acabó de aterrar á los suyos: lo cual visto por Pulgar, y anteponiendo perder la vida á ser testigo de tal deshonra, desciñóse una toca, anudóla á su lanza, y cayendo como un rayo sobre los enemigos, «¡ seguidme, compañeros, seguidme; aqui va el pendon de Castilla!» Apenas dió lugar el guerrero á que los cristianos le oyesen; porque maravillados de su arrojo, y como viesen el blanquísimo lienzo ondear en medio de una turba de infieles, volaron en defensa de su compañero de armas, por no mancharse con borron tan feo.

Dios solo, sí, Dios solo, que en aquel momento los miró con ojos de misericordia, pudo salvar á aquel puñado de valientes, y hasta concederles el triunfo: no parecia sino que un ángel los iba custodiando y arrollando á sus enemigos; tal era el desconcierto, el espanto que se apoderó de los infieles. En vano quisieron los alcaides mas esforzados reanimar el valor de los suyos; desbandáronse por los montes; salváronse en las breñas; no quedó uno en el campo sino muerto ó cautivo. Los prodigios de valor que obró Hernando del Pulgar aquel dia, ni él propio fuera parte á contarlos: cada uno de sus compañeros encarecia despues lo que otro

atestiguaba haber visto; cien veces se halló cercado de una turba enemiga, y se abrió paso con la lanza; y revolviendo su caballo hácia donde arreciaba la pelea, gritaba á los mismos infieles: aqui va el pendon de Castilla.

La noche y el cansancio pusieron fin á la refriega; y anteviendo Pulgar, tan prudente como esforzado, que si aguardaban en aquel parage á que clarease el dia, volverian los moros de su espanto, y los acometerian respaldados con los de Guadix que ya habian salido, aconsejó á sus compañeros, que ya como á caudillo le acataban, encaminarse sin tregua ni respiro á los reales de Baza, llevando cautivos y despojos por trofeo de aquella victoria. Llegó el rumor al campo aun antes que los mismos guerreros; pero tan estraño y peregrino parecia aquel suceso, que el mismo rey Fernando temia dar vuelo á la esperanza, por no recibir luego mas dolorosa recaida. Demandaba solícito el monarca cuántos eran los cristianos que habian salido de los reales; su calidad, su nombre, su intencion y designio; informábase cuidadoso de los pasos de aquellas tierras, de los pueblos de la comarca, de las fuerzas del enemigo; y mientras mas inquiria, mas se aumentaba su desasosiego y zozobra, teniendo aquel buen principe por nuevo torcedor y tormento hasta el valor y arrojo de los suvos.

Sonó un grito en el campo de júbilo y sorpresa, cuando allá á lo lejos divisaron, sin atreverse todavía á dar crédito á sus mismos ojos, el reducido tercio de Castilla, que se acercaba lentamente, rendidos caballeros y caballos con tanto trabajo y fatiga. Ya se hallaban muy cerca, y aun era imposible reconocerlos; tan mudados estaban; rotos los escudos y cascos, destrozadas las armas, cubiertos de polvo, de sangre, del sudor de ardentísimo estío..... Venia delante un caballero, blandiendo en su diestra una lanza, y en el remate de ella una enseña desconocida; y como dudasen los capitanes quién fuese aquel soldado que parecia acaudillar la escasísima hueste: «que no vuelva yo á ver á Boabdil en mis manos, (dijo el conde de Cabra) sino es aquel Hernando del Pulgar, que ha vuelto á hacer alguna de las suyas. » El es! repitió al mismo tiempo un buen número de caudillos; y en el mismo instante resonó el nombre de Pulgar en todo el ámbito del campo.

Apenas dió lugar el Rey á que descabalgase el guerrero: el

cual echó pié á tierra, aunque sin acertar á moverse ni articular palabra; y solo con la mane hizo seña á los alcaides y demas cautivos para que se postrasen á los pies del monarca. En larguísimo espacio no se pudo saber con certeza lo que habia acontecido; tanto era el anhelo, el afan de enterarse de aquel suceso: abrazaban unos á los recien venidos, preguntaban otros por sus deudos y amigos; este bendecia á Dios; aquel lloraba de ternura; mas en cuanto se supo, y por boca de los mismos guerreros, que solo al valor del Pulgar se debia la salvacion y el triunfo, agolpáronse en derredor los capitanes mas famosos.

#### Voto de Pulgar en la iglesia de Alhama.

Aconteció por acaso un dia, á tiempo que ya el sol se iba ocultando tras los montes, que se halló Pulgar á las puertas de la antigua mezquita, convertida pocos años antes en iglesia, si bien conservaba la misma forma y estructura, la luz escasa, la techumbre sombría, arcos calados y sutiles columnas. Penetró el guerrero dentro de aquel recinto, como llevado de secreto impulso, con intencion y deseo de dirigir al cielo sus plegarias, en aquella hora grave y melancólica en que va feneciendo el dia y aun no ha sobrevenido la noche. Largo tiempo permaneció Pulgar como abismado dentro de sí mismo en aquella soledad y silencio; y reflexionando que al esfuerzo de unos cuantos valientes se habia debido la sorpresa de Alhama; y verse aquella mezquita consagrada al Dios de sus padres, sintió tal pena y desconsuelo al recordar el cautiverio de Granada, y que tan solo en su recinto, de todo el ámbito de España, se tributaba aun culto á la ley del falso profeta, que en aquel mismo instante hizo voto solemne de aventurar la vida en desagravio de tamaño ul-

#### 

luces aquel soldade que parecia acestidar la cercara a Chapter

naten (immer to be recommon or organic good in the common to bond in the color in the last success is in the common to the color of the

### INDICE.

Razon y objeto de este libro	Pag
Noticia de todas las épocas de nuestra prosa	1.2.
PRIMERA EDOCA.	id
SEGUNDA EPOCA.	. 1
PRIMERA Epoca	. is
EPOCA CUARTA	4
Mtro. Juan de Ávila	. 5
Antonio de Morales	59
EPOCA QUINTA	id
D. Diego Hurtado de Mendoza	. 60
Fr. Luis de Granada	. * 63
Hu Inic do Loon	CO
Santa Teresa de Jesus	. 7!
San Juan de la Cruz	. 77
Antonio Pera	. 81
P. Juan de Mariana	. 84
Bartolomé Leonardo de Argensola	. 87
Lope de Vega	. 98
Miguel de Cervantes Saavedra	. 90
EPOCA SEXTA	. 104
D. Francisco de Quevedo	107
D. Cárlos Coloma	. 113
D. Francisco de Moncada.	. 114
P. Baltasar Gracian.	. 116
D. Diego Saavedra Fajardo	. 117
D. Francisco Manuel de Melo	. 121
D. Autonio de Solís	. 124